

EL LADO MORAL Y AFECTIVO DE LA HISTORIA.

Un ejemplo de memoria de masas: el proceso a K. Barbie, «el carnicero de Lyon»*

Denise Jodelet

Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. París

RESUMEN

En este artículo se revisan las concepciones psicológicas y sociológicas de la memoria, proponiendo una perspectiva que las articule con el propósito de estudiar la memoria colectiva. Se analiza el proceso a Klaus Barbie, responsable de la Gestapo de Lyon entre 1942 y 1944. Dos elementos de la memoria colectiva resaltaron durante ese proceso: el *conflicto entre memorias* (la de la acusación representada por los deportados y resistentes y la de la defensa que decía representar a los pueblos colonizados) y la *memoria de la represión*, como un deber ético (no permitir el olvido y transmitir la lección a la nueva generación). Una serie de mecanismos propios de la psicología de masas, utilizados adecuadamente, permitieron la defensa de una conciencia ética y el mantenimiento de la memoria colectiva de la represión.

ABSTRACT

This article reviews sociological and psychological views of memory, suggesting one perspective that articulates both in order to study collective memory. We analyze the trial of Klaus Barbie, official of the Gestapo in Lyon between 1942 y 1944. Two elements of collective memory are emphasized during that process. First, the conflict between memories (that from the prosecution, represented by exiles and resisters and that from the defense which was said to represent peoples colonized; and second, the memory of repression, as one ethical obligation (avoid forgetting and transmit the lesson to the next generation). A set of mechanisms of psychology of masses, used appropriately, permits the defense of moral conscience and the maintenance of collective memory of repression.

Este artículo tiene como propósito analizar un nuevo campo de la Psicología Social, el de la memoria, utilizando los modelos disponibles en la psicología y en las ciencias sociales. En la primera parte se examinan algunas problemáticas centrales que inducen a diferenciar distintas clases de memoria. En la segunda parte, a modo de ejemplo, se intenta analizar un fenómeno

* Traducción de N. Aguilera Torres

nuevo de memoria, la memoria de masas, y sus implicaciones ético-psicológicas.

Al igual que la moneda, la memoria, tiene un anverso y un reverso, pero en el caso de esta última, esas caras indisociables adquieren múltiples formas: recuerdo/olvido, vida/muerte, intensidad del recuerdo/fosilización de los restos. Paradojas que se amplifican por las modalidades de su manifestación como contenido y desarrollo. La apertura del olvido a una presencia tan fuerte y eficaz como la intensidad del recuerdo. La evocación o la conmemoración, el culto a los vestigios, la acumulación de huellas del pasado tienen un perfume de muerte, pero la continuidad de la rememoración es la vida en su obstinación.

En el estudio de la memoria se puede privilegiar tanto el anverso como el reverso. La memoria puede ser abordada desde varias perspectivas al margen de que uno ordene bajo ese concepto una función o aptitud, desarrollos o contenidos. Una primera perspectiva va *del presente hacia el pasado*: se interroga sobre la forma en que individuos y grupos se recuerdan, sobre la actividad de la rememoración, sobre la intervención del presente en el pasado con la reconstrucción de recuerdos. Una segunda perspectiva va *del pasado hacia el presente*: se centra en la manera en que el pasado vuelve al presente y trabaja bajo la máscara del olvido, o se reactualiza y perpetúa bajo la forma de huellas, reminiscencia, remanencia, etc. La tercera perspectiva está centrada en los *choques entre pasado y presente*: se interesa en los conflictos y compromisos entre tradición y novedad, las inercias del pasado que obstaculizan el progreso del presente, los riesgos que hace correr al presente o futuro, el olvido o la ocultación del pasado, de los que son testigos ciertos acontecimientos de la actualidad que tienen valor conmemorativo y simbólico. Así, en Francia se abrieron debates recientes a raíz del *proceso Barbie*, que se examina más adelante, ellos evocan otro problema de la memoria: aquel del conflicto que opone, a escala individual o colectiva, el olvido como lucha del presente contra el pasado y la vuelta de lo reprimido a la conciencia y el conocimiento.

Los modelos psicológicos de la memoria

La evolución misma del tratamiento de la memoria ha llevado a la integración de las perspectivas individuales y sociales y esto por varias razones. Por una parte, los historiadores (De Certeaux, 1987) concuerdan, siguiendo a

Freud, en establecer entre psicología individual y psicología colectiva no una distinción de naturaleza, sino una diferencia de escala. Esto lleva, en la aproximación de la memoria y de la historiografía, a postular una analogía entre «el funcionamiento de las representaciones colectivas y las historias del sujeto». Por otra parte, aunque la dimensión social no sea tomada en cuenta explícitamente en la psicología, ella vuelve como lo reprimido en los modelos construidos para comprender el conocimiento y la memoria. La dimensión social regresa a través del lenguaje que es, precisamente, uno de los medios que asegura la vida y la unidad del pensamiento y de la memoria.

En psicología se postuló siempre la relación entre conocimiento y memoria, aunque argumentado de diferentes maneras. Al lado de pensadores como Piaget, que reducen la memoria al conocimiento, se encuentran las corrientes de investigación que, bajo la influencia de la psicología cognitiva y de la teoría del lenguaje, tienden a hacer del conocimiento una forma de memorización.

Esas corrientes, como aquella de la memoria semántica, se sitúan en la prolongación de los trabajos sobre la inteligencia artificial y obedecen a un mismo objetivo: la construcción de un sistema capaz de representar el conocimiento en un ordenador. Se proponen así visiones estructurales de la memoria y del pensamiento que se articulan alrededor de dos modelos centrales. Designaré esos modelos utilizando dos metáforas, la del *granero* y la del *generador*. Los autores se sitúan en un modelo u otro según pongan el acento en el tratamiento de la información (modelo del granero) o en la activación de las estructuras memorizadas (modelo del generador).

El modelo del *granero* hace de la memoria a largo plazo un almacén donde serán anotadas las informaciones y los recuerdos de la experiencia pasada. Este modelo reduce el conocimiento a la memoria de tres maneras. Por un lado, hace de «la calidad de la memoria» (Premack, 1979) —su capacidad de almacenar las informaciones— la condición de la función simbólica y de la aptitud lingüística. Por otro lado, confiere a la memoria las prerrogativas de la actividad cognitiva cuyos procesos se identifican con los procesos mnemónicos (codificación, registro, búsqueda, recuperación de la información); la memoria a largo plazo conlleva los dispositivos de codificación destinados a proporcionar a las informaciones su forma de conservación y a realizar las diversas operaciones del pensamiento (categorización, clasificación, organización, interpretación, etc.). La conservación se concibe bajo una forma ato-

mizada de «agrupaciones» (buildings blocks), «unidades», «rasgos», «elementos» (mèmes) y la actividad cognitiva se entiende como el análisis de esas relaciones. Por último, el pensamiento constituido aparece como un registro estático de datos de la experiencia. Así, la memoria, aparece fragmentada en elementos discretos, formando una estructura inerte.

El modelo del *generador*, al asignar a la memoria a largo plazo una importancia efectiva, la concibe como una estructura activa que trabaja en la experiencia presente. En eso, este modelo está en acuerdo con la visión de Bartlett, para quien «el recuerdo no es la re-activación de innumerables huellas fijas, sin vida y fragmentarias, sino una reconstrucción o una construcción imaginativa, elaborada a partir de la relación de nuestra actitud considerando la masa global y activa de nuestras reacciones y experiencias pasadas» (1932, 213). Por tanto subraya el aspecto creativo de las estructuras de memoria, que son concebidas como un sistema conceptual generativo que permite la asimilación de las novedades estrechamente ligadas a los otros procesos mentales (sensación, percepción, categorización, resolución de problemas, etc.). Este sistema supone una organización de acciones y experiencias del pasado, que son reactivadas para hacer comprensible todas las informaciones nuevas (Weimer y Palermo, 1974). Este proceso se fundamenta en la aptitud del individuo para buscar, en su capital memorizado de conductas y experiencias pasadas, aquello que es pertinente para las necesidades del momento. Los procesos mnémicos y la actividad cognitiva no son tratados de manera aislada; las estrategias cognitivas tienen su base en la red compleja formada por el saber.

De esta manera, la memoria recibe dos estatus que reflejan los aspectos paradójicos señalados anteriormente. Con el primero domina la idea de huella, de inercia, de reproducción de contenidos yertos. Con el segundo, la del poder organizador del pasado, de dinamismo y de creatividad de los procesos mnémicos. El progreso que registra el modelo generativo, al hacer de la memoria una estructura activa que permite al sujeto de manipular el pasado para interpretar el presente, constituye un hecho innegable. No obstante, este modelo presenta un blanco a la crítica.

El enfoque cognitivo, centrado en el funcionamiento intra-individual, encierra la memoria en el solipsismo de un mundo interior, no encuentra la forma de tratar el papel que la memoria tiene como mediación simbólica entre el sujeto, los otros y el mundo. Incluso cuando ese enfoque permite hacer

hincapié en la dimensión social, implicada en aquello que concierne al lenguaje en el funcionamiento mnémico, no logra recoger los aspectos importantes de la memoria social.

Para los psicólogos anglosajones, «la persistencia en recurrir al uso de metáforas que se refieren al almacenamiento, al recuerdo y a la base neurológica de esos procesos individuales aislados, está fundada en una visión de la mentalidad humana fragmentaria y descontextualizada. Visión que es bastante responsable de la débil correspondencia que uno puede observar entre los resultados y teorías de la psicología experimental y las prácticas de la vida cotidiana» (Edwards y Middleton, 1987, 81). Ellos proponen un cambio de perspectiva a partir de esas prácticas de la vida cotidiana, para dar cuenta de las actividades de memoria (recuerdo, olvido, reminiscencia, etc.) en tanto que son actividades, por naturaleza, sociales. No se trata aquí de plantear la influencia que los factores sociales tienen, por efecto de la contextualización o de la facilitación, sobre esas actividades, sino de tratarlas como elementos integrantes de las prácticas sociales en/y por las cuales ellas están constituidas. En relación con esto, una de aquellas prácticas, la conversación, es considerada como uno de los pivotes de la constitución social de la memoria, ella es producida en/y por una actividad conjunta de intercambios y de discusión. No se tratará, entonces, de cuestionarse por la forma en que la competencia conversacional es representada en el plan cognitivo, sino sobre la manera en que la cognición -luego, la memoria- se realiza y manifiesta en la conversación; no se tratará tampoco de interrogarse sobre la forma en que los procesos mentales internos representan la experiencia pasada, sino sobre cómo las versiones de esos acontecimientos y procesos se construyen en las prácticas comunicativas. Esto tendrá como consecuencia el hecho de que la memoria se constituye en la discusión a través de la retórica y el debate, permitiendo demostrar el carácter ideológico de la memoria colectiva (Billig, 1990) y fundar, en las formas institucionalizadas de la memoria, la continuidad de la vida social y, de esa manera, la integridad de la vida mental del individuo, la cual depende de su participación en un medio puesto en situación por las prácticas sociales (Middleton y Edwards, 1990).

Estamos en presencia de una corriente de pensamiento que argumenta con fuerza y coherencia el estatus social de la memoria, pero que sorprende por algunos escamoteos o amalgamas. Si es legítimo referir las actividades de memoria a las pragmáticas de las prácticas sociales y a las significaciones

simbólicas producidas por el ambiente natural o fabricado, uno puede preguntarse si no es restrictivo limitar las llamadas prácticas sociales, solamente a la conversación, y esto tanto desde el punto de vista del análisis del carácter social de la memoria, como desde el de una descripción exhaustiva de las formas de memoria. Por otra parte, el acento puesto sobre los procesos de interacción verbal, ligada o no a actividades físicas, no permite comprender cómo puede conservarse el recuerdo cuando éste no está construido/reconstruido en la comunicación o inscrito en el ambiente material. De hecho, esta perspectiva no reconoce la noción de huella mnémica, como no reconoce el cuadro social de la memoria individual. Si esa perspectiva concuerda con Bartlett para hacer de la memoria una actividad constructiva, se aparta de él al situar la memoria «en la cabeza» de los sujetos. Pero, curiosamente, no percibe que cuando Bartlett elabora su teoría del esquema, le confiere también una interpretación social que explica la construcción social de la memoria a partir del carácter convencional, en el que el proceso (que comporta durante la transmisión social: asimilación de las novedades, simplificación de sus elementos, retención de los detalles secundarios significativos) está regido por los intereses y valores del grupo y por la implicación afectiva de sus miembros.

La mirada sociológica

De hecho para analizar la memoria en su pleno funcionamiento, conviene situarse en el nivel de un análisis del pensamiento social en su articulación con la vida de los grupos. Al plantear la memoria individual, como inducida por sujetos sociales, definidos por su pertenencia a grupos, el análisis permite también dar cuenta de la continuidad de la vida mnémica y mental. La pertenencia social aporta a la memoria individual sus marcos y los puntales de su estabilidad: el lenguaje, la escritura, las cristalizaciones (orales, espaciales, materiales, corporales, costumbres, etc.) de la vida social y cultural, las cuales son también los lugares de permanencia de la memoria social (Connerton, 1989). Pero, esas inscripciones permanecen vivas, solamente porque ellas se asocian al dinamismo de la vida mental y encuentran su energía en la vida de grupo, tal como Durkheim y Halbwachs lo demostraron.

Durkheim, para quien «la vida mental no es nada sin la memoria», hace del carácter mental de esta última, un prerequisite para asegurar la autonomía de la vida representativa. Una serie de afirmaciones (Durkheim, 1898,

1951, 22-47) dan cuenta de la estrecha conexión, incluida la identidad entre pensamiento y memoria, asegurando el carácter sistémico y continuo del pensamiento y de la memoria: «Un pensamiento que no sea un sistema y una consecuencia continua de pensamientos, no será más que una abstracción realizada. Existe una memoria mental, las representaciones pasadas persisten en calidad de representaciones.... La re-evocación no constituye una creación original y nueva, solamente supone una nueva emergencia a la claridad de la conciencia». Esas intuiciones durkheimianas se anticipan a los recientes progresos y cuestionamientos de la psicología. Les faltó profundizar la relación entre memoria y pensamiento y encontrar el fundamento de la continuidad de la vida mnémica.

Desde ese punto de vista, la obra de Halbwachs representa un avance evidente, en el sentido de que ella pone de manifiesto la relación memoria/pensamiento social, y busca en la vida de los grupos el principio del dinamismo mnémico. De alguna manera la identidad entre memoria y pensamiento reposa en sus contenidos y en sus herramientas, retomando un término usado en la historia de las mentalidades. *Estados de conciencia, hechos psíquicos*, ambos tienen la misma estructura mixta compuesta de imágenes, de conceptos, de palabras y de significaciones asociadas a las palabras por convenciones sociales. Es por eso que los marcos de la memoria individual y colectiva tienen un carácter representacional. Esos marcos están formados, por una parte, por el espacio, el tiempo y el lenguaje y, por la otra, de los actos de comprensión que ponen en práctica las representaciones de imágenes, las ideas y las nociones. Es decir, la memoria es parte integrante del pensamiento social, el cual implica dos tipos de actividad: por un lado, una interpretación del presente a partir de un esquema —marco formado de nociones y de puntos de referencia que se relacionan exclusivamente con el pasado— y, por otro, una actividad racional en la cual el punto de partida reside en las condiciones sociales presentes. La unidad del pensamiento y de la memoria está asegurada por esos marcos que asocian dos tipos de representación: las imágenes concretas situadas en la duración y las nociones abstractas y generales. Les corresponden dos puntos de vista diferente, pero que coexisten en la manera de considerar los objetos y los sucesos: sea determinando su lugar en el conjunto racional, lógico de nociones, sea determinando su lugar en la historia y en la vida de la sociedad. El pasaje, entre el punto de vista cronológico y el punto de vista abstracto, entre el recuerdo y la representación con-

ceptual, entre la imagen y el concepto, entre la memoria y el pensamiento, se hace sobre la marcha. Una bella imagen, aquella del «tren de troncos», que refleja el sentimiento de esta vida mental. Los marcos de la memoria «se parecen a esos trenes de madera que descienden a lo largo del río, tan lentamente que uno puede pasar sobre ellos de un extremo al otro y, no obstante, ellos avanzan, no están inmóviles. Es parecido a los marcos de la memoria: uno puede, también siguiéndolos, pasar de una noción a otra, ambas generales e intemporales, por una serie de reflexiones y de razonamientos, subir o bajar el río del tiempo, de un recuerdo a otro. Más exactamente, siguiendo el sentido que uno elige para recorrerlas, sea a contracorriente o pasando de una ribera a la otra, las mismas representaciones nos parecerán, a veces, recuerdos y, a veces, nociones o ideas generales» (Halbwachs, 1925/1976, 289).

La segunda aportación de Halbwachs reside en la articulación de la vida mental con la vida social. Los grupos se encarnan en sus ideas y recuerdos: «no hay una idea social que no sea, al mismo tiempo, un recuerdo de la sociedad», al mismo tiempo que piensan y juzgan sobre ellos. De ahí la particularización de las memorias colectivas: «No hay memoria universal. Toda memoria colectiva es sostenida, en el espacio y en el tiempo, por un grupo específico» (Halbwachs, 1950, 75), como lo es su articulación con la identidad y la continuidad del grupo: «La memoria colectiva es el grupo visto desde adentro.... Ella presenta al grupo una pintura de sí mismo que transcurre, sin duda, en el tiempo, puesto que se trata de su pasado, pero de manera que él se reconozca en ella, siempre». Esta simbiosis entre identidad y continuidad se encuentra reforzada por el hecho de que la memoria sirve a las necesidades, a los intereses del grupo, instauro su orden social y sus valores. La dimensión afectiva y de construcción de identidad de la memoria remite, de este modo, a las funciones de legitimización y de valorización que ella satisface. De esta manera se asegura el pasaje entre pensamiento, memoria social y vida colectiva.

Este enfoque nos conduce a mirar cómo la memoria individual puede ser socialmente determinada; cómo se desarrolla y perdura la memoria colectiva, que es aquella de los grupos *en la sociedad* -en la medida que ella proporciona los marcos y las herramientas de la actividad mnemónica o los contenidos de la *memoria pública, almacenamiento del orden social* (Douglas, 1989, 61). En definitiva, este enfoque lleva a considerar otros tipos de memoria: no sólo aquellas que producen las prácticas comunicativas, por supuesto, sino

también aquellas que resultan de la evolución tecnológica y social del mundo contemporáneo, evolución que está ligada al aumento de la intervención de los medios de comunicación y generalización de los fenómenos colectivos y de su circulación. Surgen, de esta manera, nuevas formas de memoria. La *memoria histórica*, de la que dan testimonio las diversas conmemoraciones, a las que el público es invitado a participar, y la *memoria de masas* que trasciende los grupos, uniéndolos. Halbwachs tuvo la intuición de la existencia de una memoria de ese tipo, debido a la «uniformización» social y de la influencia de los nuevos medios de comunicación. Ella puede ser analizada hoy día, como fenómeno específico, a la luz de los conocimientos que aporta la psicología de multitudes (Moscovici, 1981; Canetti, 1966).

Una memoria de masa

Una de las particularidades de nuestra época es, sin duda, que las catástrofes producidas por el espíritu y la mano del hombre se convierten, debido a sus dimensiones, en *catástrofes de masa*. Esas catástrofes conllevan un nuevo tipo de solidaridad internacional, llaman a una forma planetaria de defensa de la humanidad, al tiempo que cambian los modos de funcionamiento político y democrático. Una prueba de ese fenómeno reside en el desarrollo de agencias internacionales y de organizaciones no gubernamentales que pretenden, como *Amnistía Internacional*, llamar la atención sobre los abusos políticos perpetrados en el mundo, o, como *Médicos sin Fronteras*, atestiguar y actuar en favor de todas las poblaciones dañadas por las agresiones o el abandono colectivo.

Haré un intento por mostrar cómo la memoria colectiva es utilizada, en el caso de los crímenes nazis, como medio para dar vida y fuerza a una conciencia y una solidaridad colectiva, de acuerdo con desarrollos y procedimientos que hacen una memoria de masa. Me apoyaré, para ello, en el examen del proceso a Klaus Barbie, el que tuvo lugar en Lyon, en mayo y junio de 1987.

Barbie y su proceso

Recordemos que Klaus Barbie, teniente SS, mandaba la Sección IV del *Einsatzkommando* de Lyon, entre 1942 y 1944. En su calidad de *Obersturmführer*, verdadero jefe de la Gestapo de Lyon, se encargó de la represión anti-judía y de la lucha contra los crímenes y delitos de los «enemigos del Reich».

Apodado el *carnicero de Lyon*, por la crueldad de sus métodos, Barbie se hizo famoso por el caso Jean Moulin (jefe de la resistencia francesa), a quien arrestó y torturó hasta la muerte. Barbie fue juzgado y condenado a muerte, en rebeldía, por crímenes de guerra en 1953 y 1954. Fue protegido por los servicios del *Counter Intelligence Corps* americano, con quienes colabora en la vigilancia de brotes comunistas, en territorio alemán. De esa manera, Barbie pudo huir de Europa e instalarse, primero en Perú y luego en Bolivia, país en el que fue descubierto en 1972, siendo retenido y entregado a la justicia francesa en 1983 que lo encarceló en la prisión de Montluc, la misma donde él había enviado tantas víctimas. Durante el proceso de 1984, Barbie, compareció acusado de crímenes contra la humanidad, que hasta ese momento constituían hechos ignorados: torturas que causaron la muerte o que fueron seguidas de deportación hacia los campos de exterminio de más de 600 personas, resistentes o judíos; redadas seguidas de deportación, realizadas en la *Union Générale des Israélites de France* y en Izieu, lugar en el que habían encontrado refugio y protección 43 niños judíos.

El caso Barbie fue abierto y llevado, hasta su fase legal, por Serge Klarsfeld, apodado *el militante de la memoria*, quien luchó, con su esposa Beate, «no con el objetivo de perseguir indefinidamente el crimen nazi, sino para evitar que fuese indefinidamente protegido». Ellos deseaban -preconizando el uso de «la violencia simbólica que ataca la conciencia pública» y después de haber hecho juzgar en Alemania a los responsables del aparato policial nazi que actuaron en Francia- hacer juzgar en territorio francés a los responsables, entre ellos Barbie, que enviaron niños franceses a la muerte. Los Klarsfeld constituyen, aquello que Canetti (1966) llamó, un *crystal de masa*: es decir, un pequeño grupo rígido y perseverante cuya función es «afianzar la formación de masas». Se puede aplicar otro calificativo de Canetti (1966) a los públicos a quienes ellos se dirigen -al menos aquellos formados a través de la prensa- el de *masa abierta*, que se transformará en *masa en red* dada «la voluntad repentina de atraer a otros, el ánimo apasionado de llegar a todos». A ellos se sumaron, en esta acción, los 39 abogados de la acusación, que representaban tanto a las víctimas directas de Barbie, a los antiguos resistentes o a los deportados y a los movimientos anti-racistas o de defensa de la libertad. Aunque su intención inicial era centrar sus alegatos en los crímenes y la persona de Barbie, la mayor parte de ellos ampliaron sus propósitos a todos los crímenes contra la humanidad, dando así al proceso un alcance general.

Aquello constituía también el deseo de los tres abogados de la defensa, que se proponían de esa manera, en el nombre de la lucha antirracista y anticolonialista, exponer las naciones occidentales a una condena pública.

Entre los testigos de la acusación figuraban las víctimas de Barbie o sus parientes, a ellos les tocaba recordar las torturas y los malos tratos que les habían sido infligidos, y los testigos «de interés público», a ellos les correspondía restituir el período de la Resistencia o la vida en los campos de deportación. Al tercer día del proceso, cuando comenzaron las declaraciones de sus víctimas, Barbie, huyendo de la confrontación, anunció su intención de no presentarse más a la audiencia, alegando la ilegalidad de su detención, ya que él seguía afirmando ser Klaus Altman, ciudadano boliviano, víctima de un secuestro. Esta deserción le quita el lado sensacionalista a aquello que constituía «el último proceso (al nazismo) antes de la eternidad» (S. Klarsfeld), realzando el triple alcance: fundar una nueva definición de crímenes contra la humanidad, conmemorar los horrores pasados y «rendir justicia a la memoria» (E. Wiesel). Teniendo en cuenta los partidos y posiciones comprometidos en los debates, en realidad, la importancia del proceso era múltiple. Examinaré solamente tres de ellos: *el conflicto entre historia y memoria, las metas educativas de la empresa y su puesta en práctica, por último, el aspecto ético de la defensa del recuerdo.*

Historia contra memoria

Detengámonos un instante en los personajes que se confrontarán con la silla vacía del acusado. Un primer trabajo sobre la memoria es la confrontación polémica entre los alegatos que intentarán imponer versiones diferentes de los acontecimientos que se examinan. Desde el comienzo, los representantes de los diferentes grupos, entran en competición por la construcción de una memoria histórica fundada en las memorias colectivas particulares. Esto nos hace recordar a Halbwachs, quien en su época y no sin razón, oponía memoria e historia. Esta última se instala cuando aquella se esfuma o se disgrega: cuando se rompe la continuidad del tiempo vivido colectivamente y la unidad del cuerpo social que, hasta ese momento, unía las corrientes de pensamiento homogéneas y vivientes; cuando se renuevan de un período a otro «los intereses en juego», «la dirección de las ideas», «el modo de apreciación de los hombres y de los eventos», las tradiciones y las proyecciones hacia el futuro.

Mientras que la memoria colectiva es plural, la historia se dice universal. Mientras que las memorias colectivas son un centro de tradición, la historia muestra un cuadro de los acontecimientos, en el cual los marcos son exteriores a la vida de los grupos, y establecen una ruptura entre aquellos que son actores de la historia y aquellos que leen o aprenden esta historia.

Más aún, en el nombre de la ciencia y de la validez de sus metodologías, la Historia puede infundir la duda sobre los hechos pasados y formular interpretaciones alternativas. En el caso del holocausto, un fenómeno como ese se produce con el renacimiento o la permanencia de los movimientos nazis y la corriente de historiadores —llamados revisionistas— que niega la existencia de los campos de exterminación. De ese punto de vista, el proceso Barbie revisió una importancia decisiva: era una respuesta de las víctimas a la negación de los historiadores.

Cuando Halbwachs desarrolló su oposición —hoy día desmentida por la nueva historia que quiere crear una historia científica a partir de la memoria colectiva— señaló otro problema que hoy vuelve a tener actualidad: bajo «la presión de la historia inmediata, en gran parte fabricada por la prensa» (Le Goff, 1988) se multiplican las memorias colectivas. ¿Esta multiplicación no hará más difícil la formación y la conservación de una memoria histórica?. Y en ese caso, ¿cómo las memorias históricas, que son continuidad e identidad en el tiempo, podrán ser transmitidas por aquellos que fueron sus actores de manera directa y personal?. Al decir Halbwachs que la historia es el medio de salvar esos recuerdos que no tienen ya el apoyo de los grupos, ¿no presentó las necesidades de nuestra historia reciente, en la que el deber de memoria se vuelve una exigencia para preservar las identidades y despertar la conciencia política?. Es ese el problema al que enfrentaron aquellos que, como D. Rousset, vieron en el proceso Barbie la posibilidad de un «retorno de la vida real». Contra la idea de que la memoria era inútil en el proceso, puesto que «los hechos son ya conocidos de la opinión pública» (S. Klarsfeld) o porque «la memoria es un tema que existe artificialmente» —estando la sociedad francesa en la incapacidad de interrogarse acerca de sí misma (N. Fresco)—, Rousset esperaba del proceso «una lección viviente sobre la forma en que una sociedad puede retroceder de manera bárbara». Contra el tiempo, que es «un factor extraordinariamente destructor» y que «produce una desecación, no hay más contenido viviente de aquello que ocurrió», él confiaba en que la confrontación iba a «volver a dar vida a la experiencia evocada».

Mas, en ese movimiento por volver a dar cuerpo al pasado, las memorias se enfrentan. Y, en su diversidad misma, los colectivos de memoria parecen, a veces, llamar a la instauración de una memoria histórica y transgrupal para protegerse de un olvido que amenaza, debido a la confusión o al enfrentamiento entre varias memorias. El proceso Barbie fue también el lugar de un combate de memorias de ese tipo: la de los resistentes, la de los deportados, aquella de los judíos, representada por la acusación y la de los colonizados, representada por la defensa.

A ese combate retórico le hacia otro trabajo de memoria que -gracias a los testimonios de las víctimas de Barbie- permitió ver, como dice Finkelkraut (1989, 12), «un pasado histórico transformado en presente judicial. Durante dos meses, en el Palacio de Justicia de Lyon, los protagonistas de una época que creíamos caduca y en el marco de un debate criminal, retomaron la palabra los historiadores. Situándonos en el horizonte de la sentencia y no solamente en el del conocimiento o en el de la conmemoración, esta ceremonia judicial llenó el abismo que nos separaba del tiempo de Barbie y de sus víctimas. Por el hecho de que esperábamos con ellos el veredicto nosotros éramos sus contemporáneos. Aquello que había ocurrido hacía más de cuarenta años, recibía hoy día, delante de nosotros, su epílogo». Fenómenos como ese nos hacen reencontrar, a nivel colectivo, los procesos de construcción social de la memoria, puesta en evidencia por otros, al nivel microsociales de las interacciones.

Metas educativas

Y eso no es todo. Sabemos que la evocación de los sufrimientos de la deportación y de las escenas del genocidio es dolorosa para los sobrevivientes (Lapierre, 1989), en especial cuando ella debe colocarse en el marco judicial, donde la exigencia del establecimiento de la prueba es difícilmente compatible con la vivencia emocional de la reminiscencia, como fue analizada por Pollack (1990). Sabemos también cuán fuerte es la voluntad de mantener vivo el recuerdo de los campos. Se hizo un proyecto de fundar, inmediatamente después de la resistencia, *una red del recuerdo*, porque «los campos de concentración no deben borrarse de la conciencia de los hombres, el olvido sería un crimen y un error, es toda una ética, toda una civilización -la nuestra- que está en juego» (Wormser et Michel, 1954). En el caso del pro-

ceso Barbie, la contradicción entre deber de memoria y dolor de testimonio fue ampliamente sobrepasado, al dejar el lugar al lenguaje de la emoción, de alguna manera deliberadamente, porque uno de los propósitos del proceso era hablar a la afectividad, para favorecer la sensibilización al mensaje que debía ser transmitido y su interiorización por aquellos que no habían vivido el período del drama o no habían compartido los horrores. Y esto fue hecho siguiendo los procedimientos que, conscientemente o no, se apoyan en la psicología de masas.

El mensaje tenía un aspecto cognitivo y legal: establecer jurídicamente e imponer a la conciencia colectiva una definición correcta y general de *crimen contra la humanidad*, hecho que no había sido posible en los dos grandes procesos anteriores: el de Nuremberg y el de Eichman. Por la primera vez un proceso permitía de definir el concepto de *crimen contra la humanidad*. La incriminación de Barbie permitió, además, iniciar un proceso en nombre de las víctimas civiles del nazismo. Por la primera vez en Francia, el holocausto judío pudo ser recordado ante un tribunal.

La función del conocimiento de los actos de memoria no se limitó, en este caso, a introducir un nuevo objeto —el crimen contra la humanidad— en el campo de la conciencia colectiva, jurídica o civil, a darle los códigos de referencia y de identificación o a abrir la aplicación de la noción a los aspectos ocultos o reprimidos en el olvido. Se aplicó también a la instrucción de aquellos que no tuvieron la experiencia de la época en cuestión, fundamentalmente, la juventud.

Además, frente a la resignación a la ignorancia manifestada por algunos («si era necesario conocer todo» dice un joven entrevistado en la televisión), la información se convierte en un imperativo de la educación y debe entrar en las materias escolares. «La memoria es como un músculo que hay que trabajar, la ignorancia también se cultiva. Nuestros abuelos, educados en el recuerdo del heroísmo de los *poilus* (apodado a los soldados franceses durante la primera guerra mundial) y de Alsacia-Lorena, anegados de lecturas patrióticas, lo sabían. Hoy día el recuerdo de las guerras se difumina y es necesario que paradójicamente sea ese *proceso Barbie*, tardíamente venido, el que sirva para hacer emerger los recuerdos. Para bien y para mal». Tomando partido así, los comentaristas de la prensa, daban a la presentación de la historia el sentido de un deber de memoria. Pero, ¿cómo lograr apoyar esta apropiación de la historia?

El contenido y la manera de la memoria

Aquí nos reencontramos con el problema del choque entre las memorias colectivas, aquél de los caminos de la sensibilización que debía encontrar, por su escenificación y su forma, el proceso convertido en uno de «los canales de la memoria» (Yerushalmi, 1984, 26). Bartlett, en su obra sobre la memoria, analiza su carácter social apoyándose, entre otros, en una doble distinción: la memoria *en* el grupo y la memoria *para* el grupo y aquella entre *materia*, contenido de memoria compartido en el grupo, y *manera*, forma de transmisión del contenido, en el cual el carácter social se vuelve evidente en la memoria *para* el grupo, incorporando los intereses y el estilo de este último y apelando a los valores y a los sentimientos compartidos por sus miembros. En el caso que nos ocupa, la distinción entre contenido/forma es útil de dos puntos de vista: por un lado permite identificar los procedimientos de presentación de las informaciones que tienen un efecto directo en la constitución de una memoria de masa y, por otro, permite ver cómo la forma de construir los contenidos de la memoria asegura un control social sobre la audiencia y afecta la manera en que esos contenidos son vivenciados e interiorizados, lo que remite a la creación de una conciencia de masa.

En relación con el primer punto, recordemos rápidamente algunos rasgos característicos de la psicología de masas, tal como ellos han sido descritos por Moscovici en *L'âge des foules* (1981). El papel que juega en ella la memoria como fuente, constituyendo el pasado un fondo del cual extraer las ideas y las imágenes que cimentan el lenguaje. Las formas del pensamiento de masa en las que predomina el automatismo, la invocación al poder sugestivo de las palabras, a las ideas vivaces que apasionan y se tornan activas, a las ideas-imágenes que contienen «una carga de evocación, como una bomba contiene una carga de explosivo», la utilización de un lenguaje que «viste las ideas del momento con las emociones de antes y transfiere las relaciones antiguas a situaciones nuevas». Esas características están reforzadas hoy día por los medios de comunicación de masas que han sido creadas, primero y sobre todo, para agasajar y suggestionar las masas, más tarde para producirlas en serie ... En el espacio de una generación hemos pasado de una cultura de la palabra a una cultura de las *imágenes figuradas*, que son más poderosas. Esto quiere decir que en ese breve lapso, la radio y la televisión han dado al pensamiento automático su base técnica y una fuerza que no se podía adivinar —de

la misma manera que la imprenta confirió una base parecida al pensamiento crítico. Los medios de comunicación de masa han hecho de él un factor de la historia. Con el proceso Barbie, relevado para, y puesto en escena por la mediatización, podemos observar una puesta en marcha, a menudo deliberada, de procedimientos destinados a unificar los públicos en *un espíritu y un sentimiento comunes*. «Pero aquí, nosotros somos todos esos judíos, esos terroristas, esos comunistas que el nazismo deseaba condenar incluso hasta el aniquilamiento. Entonces, queremos hablar de todos y de todo» (Abogado de la parte civil). El recuerdo del pasado nos advierte de las amenazas del presente: «No estamos aquí para juzgar el nazismo, la Francia de Vichy. Estamos aquí para juzgar a un nazi, en el marco de esos relatos. No hacerlo sería contrario a la ley que declara imprescriptibles los crímenes contra la humanidad. Sería desacreditar la justicia y *hacerse cómplice de una restauración de crímenes*» (Abogado de la parte civil).

La presentación de los testimonios de las víctimas de Barbie dará cuerpo a lo inaceptable y, en sus alegatos, abogados y magistrados utilizarán un lenguaje, imágenes, símbolos apropiados para tocar la sensibilidad, despertar la emoción, marcar el espíritu y la memoria. Aunque algunos se ofendieron a causa del uso de esta *lógica del corazón*, de este *pensamiento sentimental* (Finkielkraut, 1989), fue el instrumento eficaz de una educación y se apoyó en los procesos psicológicos tan a menudo ignorados.

En efecto, la psicología de multitudes, que recoge un aspecto importante de la memoria, su nexa con el pensamiento, ilumina la conexión entre la memoria y un modo de pensamiento no-racional, en el cual las pasiones, los intereses, los deseos, la imaginación y las creencias entran en juego. Y hay algo de sorprendente en la manera de tratar el pensamiento y la memoria de multitudes: su concordancia con eso que ha sido dicho, hace más de un medio siglo, por los más grandes pensadores de la memoria, Halbwichs y Bartlett. Los dos demostraron que el recuerdo depende de una función «imaginante» y que el pensamiento implica los trazos de las ideas abstractas y de las imágenes concretas que remiten a la vida, a la tradición y a la historia del grupo. Están aisladas a un nivel individual y social, las propiedades del pensamiento y de la memoria están en consonancia con aquellas postuladas por los psicólogos de multitudes, insistiendo en la interacción entre recuerdo, conocimiento, imagen e inversión emocional.

El deber de memoria

De un punto de vista psicológico, el proceso Barbie mantuvo viva la memoria, reactivando las emociones, los temores, los sufrimientos vividos por las víctimas del nazismo. Esto da la posibilidad al público de compartirlos y de identificarse con los grupos victimizados. En ese sentido, la escenificación del proceso permitió la creación de un sentimiento de masas que va más allá de los grupos específicos, que conservaban en sus cuerpos la memoria del drama nazi. Ese proceso puede verse como un proceso de masas. Si Halbwachs mostró que la memoria colectiva es plural, ligada a la vida y a la identidad de los grupos, de los cuales perpetúa los sentimientos, las imágenes y el pensamiento, en el caso del proceso Barbie, el trabajo de la memoria concierne todo el mundo y todos los grupos.

Para crear ese recuerdo de masa, tenía que adoptar una forma específica, presentando al público las imágenes vivientes de los testimonios y la presencia concreta de las víctimas. La «forma» del recuerdo aparecía como un proceso de masa que va más allá de las contradicciones de la historia y las particularidades de los grupos victimizados y permite la asimilación de ideas abstractas que conciernen el nazismo, los crímenes contra la humanidad, la democracia, los derechos humanos.

En esta empresa, el lado moral del proceso recibe un lugar y un papel únicos. Encontramos secularizada la prescripción sagrada del deber de memoria, cuando entra en juego la defensa de la identidad y la asunción de los valores del grupo, en los cuales la memoria colectiva judía representa un caso ejemplar con su doble exhortación: «no olvides» (lo tichka'h), para conservar las huellas del pasado, y «acuérdate» (zahor), para renovar el recuerdo por una acción creadora y voluntaria (Yerushalmi, 1984).

Al olvido, opuesto a la justicia, incluso en los sondeos, se le hace equivalente a un crimen social. Para aquellos que vivieron la tragedia nazi, el olvido aparece como un insulto a los muertos. La evocación de los hechos es un deber impuesto por la memoria de los muertos: «Presto declaración aquí sin odio, en un proceso que no es para mí, ni aquel de la venganza, ni aquel del perdón por los sobrevivientes. El olvido sería, a mi juicio, una falta... Es un poco, en nombre de mis camaradas, que yo querría decirles a los jóvenes de hoy día que si un *nunca más* debe estar en sus espíritus, es este *nunca más*» (Testigo).

Para aquellos que, siendo o no contemporáneos de la tragedia, permanezcan ajenos a ella, el olvido es una falta política. El recuerdo es un deber de solidaridad, un medio de retomar la bandera del combate, aquélla a la cual no pudieron incorporarse en esa época, una forma de identificarse con un destino al cual habían escapado. El recuerdo es una obligación para el sobreviviente: al sustituirse a los ausentes, ellos cumplen un deber humanista: la educación de las masas. La memoria se convierte así en un fenómeno de masa que concierne, de la misma manera, a aquellos que sobrevivieron y que tienen como deber de no olvidar, y a aquellos que vienen después y que tienen como deber recordar.

La memoria de masa, asentada sobre el trabajo activo de los estados emocionales y de la identificación con las víctimas, se convierte en un arma contra el poder engañoso y soporífico de la historia. La evocación de la deportación de los niños judíos, escondidos en el pueblo de Izieu, se constituyó en el apogeo del trabajo de la memoria.

Terminaré con una cita, tomada del último alegato de la acusación, en la que podemos observar otro proceso de masa: la formación de un *símbolo de masa* que es, según Canetti, una representación simbólica de la masa. Se trata de «colectividades que no consisten en seres humanos y que son, sin embargo, percibidas como masas ...». El símbolo de masa la recuerda y «la representa, simbólicamente, en el mito y el sueño, en el discurso y en el canto». Los individuos se sienten así en relación con su nación, vía los símbolos de masa que «expresan las ideas y sentimientos que las naciones se dan de ellas mismas». Un símbolo como ése se encuentra en el proceso, a propósito de los niños de Izieu. El hace una invocación a la imagen del sudario y convoca a la invisible masa de muertos para despertar la voluntad de justicia y de pureza: «La costumbre quería que, en mi país, un niño muerto fuera sepultado en un sudario blanco, puesto que la blancura es el símbolo de la inocencia y que toda muerte de un niño es una desgracia para la humanidad. Es este el mensaje que ustedes deben hacer resonar mucho más allá de nuestras propias fronteras. Es necesario que él llegue a Africa del Sur, allí donde los niños están en prisión y en peligro, al Oriente Medio, allí donde ellos están asustados bajo las bombas, a la Argentina, allí donde las madres de la Plaza de Mayo reclamaron en vano los suyos. Nosotros, nos iremos de este lugar tal como habíamos entrado. Después de unos días, ustedes soñarán, como los otros, en partir de vacaciones. Pero, porqué, después de algunas semanas, yo no puedo

mirar de la misma forma que antes los niños que salen de nuestras escuelas. Les pido, entonces, que en sus agendas, en esta fecha del 3 de Julio de 1987, que será aquella de vuestra decisión, ustedes dejen una página en blanco, símbolo de la pureza que tendrá vuestro juicio y, cuando alguien les pregunte, más tarde, el significado de esa página en blanco, ustedes puedan responder, simplemente: Es el sudario de los niños de Izieu» (R. Dumas, abogado de la parte civil).

Conclusiones

La forma en que el proceso Barbie se desarrolló es un ejemplo del uso positivo de la psicología de masas. Un grupo de personas, luchando por la justicia y la defensa de los derechos humanos, elaboró espontáneamente una estrategia que hizo eco a los principios de la psicología de masas, para mantener, a escala mundial, una conciencia ética y el sentido de la democracia.

Este procedimiento evoca el de J. Le Goff (1988, 177) que preconizaba para «los profesionales científicos de la memoria»: «hacer de la lucha por la democratización de la memoria social, uno de los imperativos prioritarios de su objetividad científica» y hacer «de tal manera, que la memoria colectiva sirva a la liberación y no a la esclavitud de los hombres».

Referencias

- Bartlett, F.C. (1932): *Remembering: a study in experimental and social psychology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Billig, P.L. (1990): Collective memory, ideology and the British royal family. In D. Middleton & D. Edwards (Eds.): *Collective remembering*. Londres, Sage.
- Canetti, E. (1966): *Masse et puissance*. Paris, Gallimard.
- Certeaux, E. de (1987): *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*. Paris, Gallimard.
- Connerton, P. (1989): *How societies remember*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Douglas, M. (1989): *Quand pensent les institutions*. Paris, Usher.
- Durkheim, E. (1898/1951): Représentations individuelles et représentations collectives. *Revue de métaphysique et de morale*, 6 et *Sociologie et philosophie*. Paris, Presses Universitaires de France
- Durkheim, E. (1895/1947): *Les règles de la méthode sociologique*. Paris, Presses Universitaires de France.
- Edwards, D.-Middleton, D. (1987): Conversation and remembering: Bartlett revisited. *Applied cognitive psychology*, 1, 77-92.
- Finkielkraut, A. (1989): *La mémoire vaine. Du crime contre l'humanité*. Paris, Gallimard.

- Halbwachs, M. (1925/1976): *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris, Alcan.
- Halbwachs, M. (1950): *La mémoire collective*. Paris, Presses Universitaires de France.
- Lapierre, N. (1989): *Le silence de la mémoire*. Paris, Plon.
- Le Goff, J. (1988): *Histoire et mémoire*. Paris, Gallimard.
- Middleton, D.-Edwards, D. (1990): *Collective remembering*. London, Sage
- Moscovici, S. (1981): *L'âge des foules*. Paris, Fayard.
- Pollack, M. (1990): *L'expérience concentrationnaire*. Paris, Métailié.
- Premack, D. (1979): Capacité de représentation et accessibilité du savoir. In Piatelli-Palmarini (Ed.): *Théories du langage, théories de l'apprentissage*. Paris, Seuil.
- Weimer, W.B.-Palermo, D.S. (Eds.) (1974): *Cognition and the symbolic processes*. New York, Wiley.
- Wormser, O.-Michel, H. (1954): *Tragédie de la déportation 1940-1945. Témoignages de survivants de camps de concentration allemands*. Paris, Hachette.
- Yerushalmi, Y.H. (1984): *Zakhor, histoire juive et mémoire juive*. Paris, La Découverte.